

DOS ANTOLOGIAS DE POESIA

LEOPOLDO DE LUIS: *Poesía religiosa*. Antología. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1969.

Existe un problema de puntualización en cuanto al término religioso, relacionado con la poesía, se refiere. Dámaso Alonso, por ejemplo, señala que toda poesía es religiosa. Sí, es posible que en un momento dado la poesía, en manos del poeta sublime, adquiera tonos sublimes, es decir, estados fuera de las apreciaciones normales, remitidos en imágenes, símbolos o en calidades de palabras que, como en pintura, surgieran desconocidos tonos portadores de mensajes que, aunque a veces no nuevos por permanecer en la intuición dormida del hombre, descubren luces. Mas ¿es el poeta consciente de este hecho? San Juan de la Cruz, para alcanzar los estados místicos y de perfeccionamiento, que después se reflejarían en su obra y vida, pasó por una serie de trabajos espirituales escalonados, conscientes y racionales a pesar de todo, hasta conseguir el tono mayor de su poesía. Pero el caso actual es muy distinto. Así como San Juan de la Cruz parte de supuestos religiosos, desde su altura, dejándose dominar por ese estado especialísimo que lo envolvía y elevaba, los poetas congregados en esta antología escriben desde el hombre —ente problematizado, dudoso, aceptador o rebelde—, enfrentándose con el tema, partiendo cada uno de su posición existencial o de la mano de la experiencia.

Varios son los resultados, como varios los enfoques. Si Blas de Otero comienza su ciclo con el grito fustigante —grito que no recibe respuesta, sino que es su propio eco el que se escucha—, para terminar con aquello de «Definitivamente, cantaré para el hombre», verso optimista por haber encontrado un motivo de comunicación, más con cierta frustración y tristeza al sentir —después de múltiples llamadas— la ausencia de Dios, J. R. Peña habla de redención, de descubrimiento de Dios por medio de la poesía. Hay otros que, como Ramón de Garciasol —«No tengo fe totalmente tranquilizadora: no veo claro..., voy palpando sombras y muros. ¿Hay luz a la salida?»—, o J. L. Prado Nogueira que, aún anteponiendo la duda, «Eh, Tú, Quien seas...», se sitúan en el plano del hombre abatido por una realidad a veces distante, otras cercana, pero siempre con visos de presencia: la existencia continuada de Dios, de un Dios, del Dios. Pero tanto unos como otros intentan redimir su falta de fe, sus dudas, o su religiosidad heterodoxa en la mayoría de los casos, con la derivación hacia el amor, amor a los hombres.

Sin embargo, existe un grupo: López Anglada, Montesinos, Garfias,

y en parte J. L. Tejada, García Nieto, los Murciano, en que se manifiesta de manera rotunda su religiosidad, incluso un catolicismo ortodoxo; ellos cantan —y es significativo— no sólo con convicción, sino, en ocasiones, con desenfado, alegremente, sin plantearse apenas el problema, aceptando *a priori* toda la responsabilidad de creyentes, plasmada con frecuencia en villancicos, coplas, loores a María, etc. No ocurre así con otro poeta católico, José María Valverde, en cuyas palabras preliminares hace una aclaración acerca de la místico-ascética en la literatura clásica y ciertas confrontaciones con la actualidad, y cuyos poemas —aparte del íntimo acento persuasivo, lento, trascendente— adquieren un cariz de aceptación y seriedad de trato, de donde quizá pueda deducirse un camino, un esfuerzo vital por conseguir el ascetismo, que, como se sabe —y en el caso del poeta—, no es simple goce estético, sino profundo trabajo del espíritu.

Siguiendo las opiniones de cada poeta, éstas coinciden —o casi— en que toda poesía es religiosa, no obstante las tres posturas que Blas de Otero apunta: «dentro» de la religión, «contra» y «fuera». Y no cabe duda —aparte de los que quieran ver más allá de la fuerza de las palabras, de su propio y único significado— de que «fuera» no es ni siquiera indiferencia, a no ser que cierto carácter cósmico, o, por el contrario, minucioso y cotidiano de cierta poesía, signifique religión, ya sea totémica, Divina, etc. Mas esto es cuestión de creencias y de cariz.

Se advierte que más que elevar lo humano, lo que se pretende es humanizar lo divino, lo mismo en los hermosos versos bíblicos de Carlos de la Rica que en los sonetos de la Pasión, de Mariscal Montes, y otro, Claudio Rodríguez, que declara: «En el sentido confesional y litúrgico de la palabra “religioso”, nunca he escrito ningún poema. Pero si se trata de religiosidad en el amplio sentido (que yo comparto)... sí que existe, según creo, un sector de mi obra poética que nace y crece de una exaltación de lo creado.» Por lo que a esta exaltación de lo creado, a este afán de espiritualidad se le ha llamado religiosidad. O sea, el espíritu de las cosas, los hechos, y los accidentes, es la religión, más o menos palpable, que se intenta implicar generalmente al intento poético ¿No habría, acaso, que separar los dos conceptos? Cuestión, quizá, y vuelvo a repetir, de cariz y creencias.

Gran esfuerzo, sí, por parte del editor y antólogo por poner al día y en nuestras manos una interesante y curiosa parcela de la actual poesía española.—J. M. V.

LEOPOLDO DE LUIS: *Poesía social*. Antología. 2.^a ed. Ediciones Alfaguara. Madrid.

En un amplio y esclarecedor prólogo, Leopoldo de Luis hace historia de la poesía social, significando en palabras anteriores el término social y limpiando de malezas y prejuicios a la obra, no individual, sino que generosamente por un amplio grupo de poetas, ha venido a llenar varios años el panorama literario español.

Partiendo de cuatro términos—satírico, cívico, social y político—el antólogo hace hincapié en cada uno de ellos para dejar definido el social, que es a lo que se refiere su trabajo. Poesía civil, en auge durante el siglo XVIII, a veces, por exaltada, discordante con la realidad; satírica, deformadora y moralista con tendencia a la poesía política. La poesía social se nutre de alguna manera de las tres corrientes anteriores, aunque si la política y también la religiosa implican soluciones, la social permanece en estado de testimonio. Denuncia el aquí y el ahora no por afinidad y esteticismo, sino, como señala Leopoldo de Luis, el poeta padece, está inmerso en la sociedad de la que es inconforme. Y padecer no es igual que compadecer; lo último posee visos de individualismo. Es la denuncia de un hecho colectivo dentro de esa colectividad, en gesto hermoso, más en palabras de Vicente Aleixandre: «... no te busques en el espejo, / en un extinto diálogo en que no te oyes. / Baja, baja despacio y búscate entre los otros. / Allí están todos, y tú entre ellos». Pero no hay que olvidar que la poesía social está de algún modo ligada al existencialismo, a la angustia ante el destino del hombre, motivada por no hallar soluciones inmediatas. ¿Acaso un romanticismo, una postura abstracta? O no; la poesía social empieza y acaba en sí misma, cumple su misión de protesta e incluso arroja luz sobre el caso de ciertos sectores olvidados u oprimidos de la sociedad. Es la antecesora, la voz de alarma, la llama urgente.

Otro aspecto es su historicidad, el documento vivo de una época. Y en este punto, si quiere ser realmente sincera y con fuerzas para una posible difusión, ha de comportar un localismo, ya que su temática interesa y es consecuencia de una sociedad determinada dentro de unas realidades económico-políticas muy concretas. Por eso se habla de valor moral, de ética, de responsabilidad para con su tiempo y el venidero.

Desde las epopeyas heroicas, los romances narrativos, el Arcipreste, el Lazarillo, Lope, Cervantes, Quevedo, con el lapsus de la poesía pastoril, evasiva y conformista—de la que dice el antólogo: «en nuestros días no es difícil encontrar muestras actualizadas»—, pasando por Torres Villarroel, Moratín, Jovellanos, Quintana, Espronceda, Núñez de Arce, Rosalía de Castro..., hasta hoy, la poesía social, más o menos

definida, ha estado presente en toda la historia literaria española. Pero es ahora quizá cuando haya tomado más cuerpo, más consistencia de grupo. A este grupo se le ha acusado de envilecer el arte usando términos antiestéticos, y es que la belleza de los poemas escritos en ese movimiento radica precisamente en la épica descarnada, limpia de metáforas y preciosismos, incluso en la admisión de palabras malsonantes, según las normas oficiales. Por otra parte, aunque unidos en la temática, tampoco se puede hablar de similitudes lingüísticas, habiendo, en este sentido, poetas tan distintos como R. de Garciasol y Vázquez Montalbán. Así, este último, con Félix Grande, Sahagún y Valente, han aportado nuevos valores de expresión.

En una nota inserta del crítico J. A. de Cáceres, se habla de las diferencias entre poesía social y poesía popular, encontrándose un término medio —parapopular— destinado a las composiciones con tema y formas populares hechas por poetas cultos. Porque no cabe la menor duda de que la poesía social —también la poesía en general— se queda en una minoría de lectores —aunque ni de éstos, ni de aquéllos es la culpa, claro— y que todo esfuerzo por «popularizarla» es loable, llámese Serrat, P. Ibáñez, o las letras de Francisco Moreno destinadas al canto de José Menese.

Y a pesar de que «otros poetas pudieron estar en este libro y hube de privarme de su inclusión porque el trabajo, forzosamente, requería unas lindes», y con todo el respeto y admiración al antólogo, no sólo por su labor de selección, sino también por el definitivo y ya citado prólogo, existen dos nombres, J. M. Caballero Bonald y Julio Mariscal Montes, que muy bien pudieran figurar, el primero por su significación y poemas de recuerdos de niñez, característicos de una época; el segundo, por una poesía vivida y escrita en un medio rural y agrícola, ya que casi toda la poesía social presente en este volumen se ha referido al tema fabril y ciudadano.—JOSÉ MARÍA VELÁQUEZ (*Virgen de Lourdes*, número 40. Buzón 6. MADRID).